

El Dr. Miguel Feijóo, en su *Relación descriptiva de la ciudad y provincia de Trujillo del Perú*, hace un ligero análisis sobre las copiosas lluvias que cayeron en Trujillo, tratando de explicar las causas que las originaron. Hace memoria de los años en que se presentaron dichos aluviones –en 1701, 1720, 1728 y en 1747–, mediando entre ellos lapsos de 19, 8 y 19 años, respectivamente. No tenemos noticia, después del año 1747, de otros aluviones, sino hasta el que se presenta luego de 123 años, o sea el del año 1870, al que suceden los de 1891 y 1925 –que es el último anotado–. Entre los fenómenos pluviales han mediado 21 y 34 años, respectivamente. Como se verá, dichos aluviones no se han presentado de una manera precisa. Su lapso ha variado casi siempre, y se han comprobado únicamente dos cuyos interregnos son iguales. Se observará, además, que el que mayor tiempo demora en presentarse es el de 1925, que rompe todas las teorías, al aparecer después de 34 años. Sebastián Lorente escribe en 1861 que en la costa norte del Perú se presentan lluvias periódicas cada seis o siete años. Posiblemente el Dr. Lorente basa su afirmación en noticias tomadas en el lapso de los 123 años que hemos anotado y de los que no hemos hallado mayores referencias. Es seguro que en tan dilatado tiempo hubieron de presentarse muchos aluviones más; quién sabe si con mayor frecuencia, aunque de menor ímpetu destructor.

A los aluviones generalmente han sucedido años de verdadera sequía, pero no tenemos noticia de que hayan sido mayores que los experimentados en los últimos diez años, que originaron tremendos perjuicios a la agricultura. A partir del aluvión de 1925, el caudal de agua que arrastran los ríos demuestra cambios notables. Es justo pensar, pues, que en los 20 siglos transcurridos desde la remota época mochica se han producido evoluciones notables en el clima.

Las circunstancias de carácter telúrico de que depende un clima varían fácilmente a medida que el tiempo pasa, como resultado natural de las modificaciones que sufre nuestro planeta.

Por todas las consideraciones que anteceden, queda comprobado que el clima reinante en la época mochica fue diferente del actual y que la presencia de frecuentes y densas lluvias favoreció la gran expansión agrícola, que es una de las características de la raza que estudiamos, e influyó en el adelanto cultural que alcanzó, ya que así pudo satisfacer ampliamente todas sus necesidades orgánicas y en general las de carácter económico.

FLORA Y FAUNA

Nos toca ahora examinar el conjunto de especies vegetales y animales que, con el consorcio agua, tierra, flora, fauna y hombre, influyó en los destinos del pueblo mochica.

El Perú, como se sabe, es uno de los pocos países del mundo donde se ofrecen las más notables variaciones geográficas. La ingente y extensa cordillera de los Andes, que atraviesa todo su territorio, lo divide en tres regiones completamente distintas: costa, sierra y selva, cada una de las cuales posee vegetales y animales característicos, tanto que, en orden a su flora, las citadas regiones pueden representarse así: la costa, flora tipo matorral; la sierra, flora tipo prado o pastizal; la selva, tipo bosque tropical. Y en cuanto a la fauna, podríamos representarla así: la costa, por el alcatraz y otras aves guaneras en su litoral e islas adyacentes, y el zorro y el puma en su fauna terrestre; la sierra, por los auquénidos y el cóndor; y la selva, por sus mamíferos y aves, grandes reptiles, batracios y sus miríadas de insectos principalmente. Quiere decir, pues, que cada región peruana tiene su flora y fauna típicas. Como el medio geográfico que ocuparon los mochicas ha sido una parte del litoral peruano, le corresponde la flora y la fauna costeñas.

Uno de los documentos etnológicos más fehacientes de la flora y fauna mochicas es la pictografía que aparece en la figura No. 36. Es la representación de un paisaje en el que van perfilándose ya muchas ideas de planos y perspectiva. Tiene especial importancia porque nos da una impresión exacta de las características de la flora y fauna de los terrenos áridos en la costa, ambas relativamente pobres. Están presentes sus plantas prototípicas y se hace notar hasta el aspecto agreste y desierto de su suelo.

El artista ha plasmado una idea donde vibra intensamente la naturaleza propia de la costa. En primer término, se nos ofrece una serie de levantamientos sucesivos a manera de cordillera, cuyas faldas y simas ostentan plantas oriundas, tales como la achupalla (*Pitcairnia ferugínea R. et P.*) y cactus en sus dos variedades: los llamados vulgarmente gigantones del valle (*Melocactus peruvianus Vaupel* o también *Cactus townsendii Briton et Rose*) y el melón de oso (género *Melocactus*, familia cactáceas.)



Fig. No. 36.- Representación de un paisaje costero con su fauna y su flora características, y dentro del cual van perfilándose ya muchas ideas de perspectiva.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1268)

Una de las más salientes elevaciones de esta cordillera presenta puntos blancos, representativos, sin duda, de las piedras o arena que imprimen ese color gris peculiar a los cerros costeros. Frente a una hondonada donde está el comienzo y el fin de las elevaciones –que no es otra cosa que una garganta o encañada, después de un espacio blanco que representa el caluroso y desierto suelo de arena– emerge una nueva serie de montañas con sus perfiles adornados también de achupallas.

En la parte superior de uno de los cactus que descansan sobre la primera cordillera posa un ave (colibrí) cuyas formas, si bien no acusan perfección en su trazado, ofrecen en cambio un gran naturalismo. Por sobre las montañas se han representado aves, cerniéndose en el espacio las unas, caminando en el suelo las otras. En el terreno que separa las dos montañas se descubre un gran ofidio que ha sido atacado por un ave que está representada con todas sus características. Este alado ha descendido en su vuelo, como una saeta, verticalmente, y ha hundido su largo y duro pico en la región caudal del reptil que tiene abiertas las fauces en señal de dolor.

La conformación de flores y frutos de la achupalla está bien precisada. Aquéllas se ven representadas por manchas que guardan su contorno peculiar, y éstos por formas lineadas que se encierran en espacios más o menos romboidales. El escudo de armas, prendas de vestir y mazas que aparecen en la parte superior

corresponden al guerrero que está modelado sobre el cuerpo globular del cántaro pictórico.

Para que nuestro estudio ofrezca claridad y precisión, lo dividiremos en dos partes: lo concerniente a la flora, y luego, lo que se refiere a la fauna.

Flora

Debido a la carencia de lluvias tropicales y a la temperatura relativamente elevada, la costa norte del Perú se ofrece estéril, y da una impresión de desolación nada grata, salvo los espacios de vegetación apretada que se presentan a lo largo de los valles, verdaderos oasis en las grandes extensiones de arena que los rodean. La flora, por lo tanto, es pobre y se reduce a matorrales y agrupaciones boscosas de espinas, pájaros bobos y otros, que se intercalan entre los cultivos propios de la región. El claro verdor de estos lugares contrasta enormemente con los grandes mantos de suelo arenoso de tono gris, donde la vida parece extinguirse sin ofrecer más ornamento floral en su desesperante monotonía que variedades de cactus y plantas de hojas lanceoladas como la achupalla –que frecuentemente la hallamos representada en los vasos pintados– y que se alzan de trecho en trecho, triunfadoras del hálito de muerte que las rodea, en las lomas y faldas de los cerros. En las explanadas, están las manchas de sapotes, flores de arena

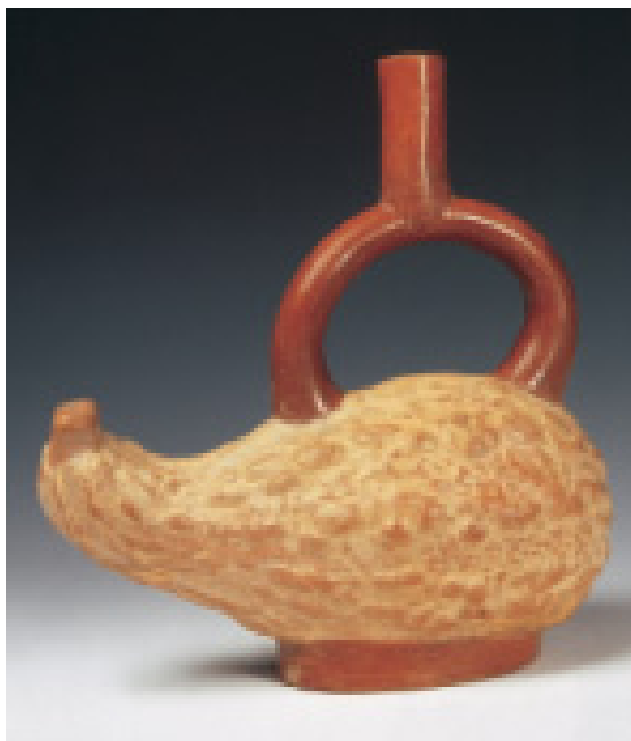


Fig. No. 37.- Zapallito loche (*Cucurbita moschata* Duch.).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (109-005-010)



Fig. No. 38.- El pepino (*Solanum variegatum*.-R. Et P.).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (110-004-004)

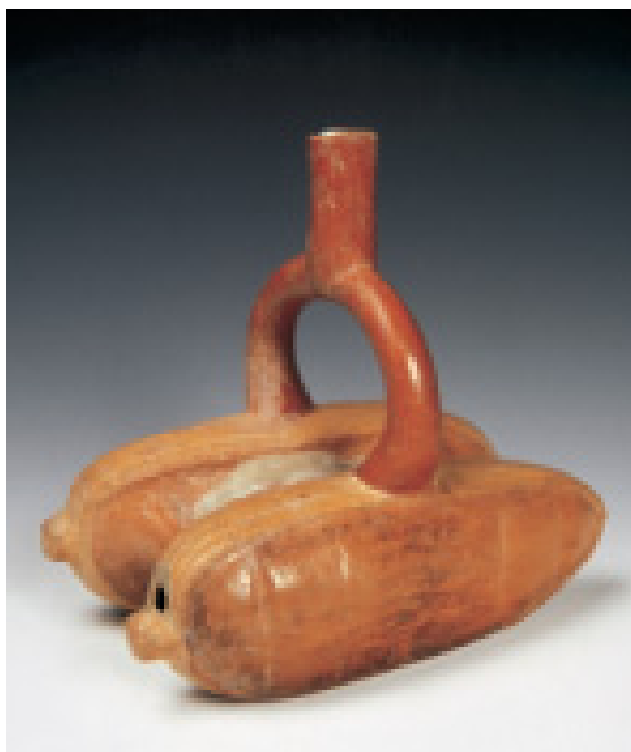


Fig. No. 39.- Pacae (*Inga Feullei* DC.).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (110-004-015)

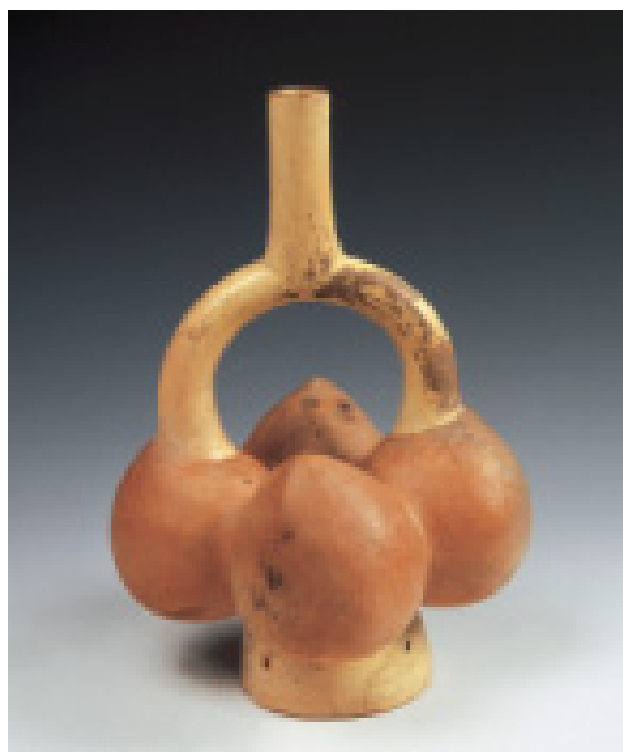


Fig. No. 40.- La lúcuma (*Lúcuma obovata* H.B.K.).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (102-002-006)



Fig. No 41.- *Opuntia* (derecha); algarrobo o guarango (*Prosopis juliflora* DC.) (centro); *Opuntia ficus indica* Mill (izquierda).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (4580)



Fig. No. 43.- Achupalla (*Pitcairnia imperialis*), según un vaso pintado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 42.- Melón de oso (*Melocactus comunis*), de un vaso pintado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 44.- Jen. *Melocactus*, familia cactáceas.

y algunas variedades rastreadoras para cuya vida es suficiente la humedad que captan de la atmósfera. La achupalla florece únicamente en ciertos años, cuando es favorecida por algunas lluvias en la estación estival o por la persistente y densa humedad del invierno.

De la flora de la época mochica, y a través de su cerámica realista, hemos podido comprobar que producían, entre las plantas alimenticias: el maíz (*Zea mays*), que ocupó la mayor área cultivable de entonces; frijoles (*Phaseolus lunatus*), pallares (*Phaseolus pallar*), papas (*Solanum tuberosum*), yucas (*Manihot esculenta*), camotes (*Ipomoea batatas*) y otros vegetales más, cuya lista insertamos en el capítulo pertinente a la agricultura. Como árboles frutales más apreciados se cultivaron: el chirimoyo (*Anona chirimolia*), la guanábana (*Anona muricata*), el tumbo (*Passiflora mallissima*), la calabaza (*Cucurbita maxima* y *Cucurbita pepo*) y demás. Los frutos de algunas variedades de las calabazas, una vez secos y convenientemente vaciados, dejando la cáscara o corteza, se emplearon para usos domésticos, como vasijas, copas, mates, entre otros enseres. En la actualidad, los indígenas de esa región utilizan dichos frutos de la misma forma, y designan las vasijas –que de ellos obtienen y según el uso que le dan– con los

nombres de ponga, checho, poto y otros. (Véase la Fig. No. 37 y siguientes hasta la Fig. No. 59).

Como ya hemos dicho en líneas anteriores, la flora observada en las pictografías y en el modelado de los vasos mochicas se conserva casi íntegramente en la actualidad y ha sido notablemente enriquecida con variedades traídas del Viejo Continente; figuran entre ellas: el olivo, pero, manzano, naranjo (dulces y agrios), vid, ciruela y muchos otros frutos que se cultivaron con cierta preferencia, una vez producida la conquista hispana. La caña de azúcar, que se aclimató en la región y que nos ocupa, fue traída de Centroamérica y hoy constituye el principal cultivo del valle.

La flora mochica ha tenido que pasar sólo por simples modificaciones en lo que respecta al mayor o menor auge de sus plantas, ya sea cuando se hace presente el dominio chimú o ulteriormente, cuando los incas imperan en la costa del Perú. Después, los habitantes de esta región, incapaces de abarcar todos los sistemas agrícolas, dejaron la mayoría de sus tierras abandonadas a la generación espontánea –abandono que tiene su explicación en la carencia de brazos y en la poca voluntad de trabajo de los escasos hombres disponibles–. Las tierras se trocaron en grandes e inextricables bosques, donde también al amparo



Fig. No. 45.- *Cereus peruvianum* (Linneo) o *Cactus peruvianum*.



Fig. No. 46.- *Cactus peruvianum*.



Fig. No. 47.- *Cereus Sp.*, familia cactáceas.

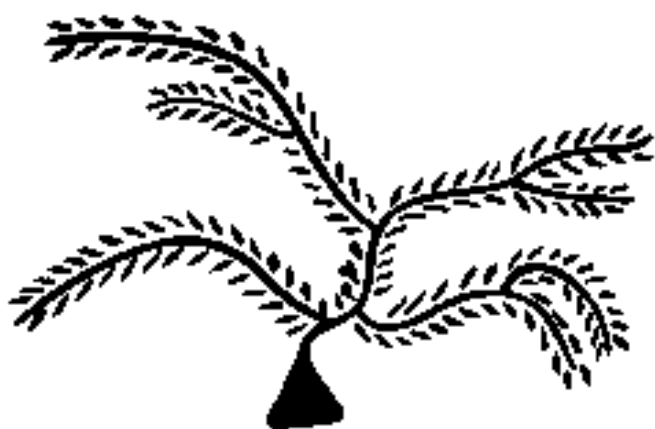


Fig. No. 48.- *Portulacácea*.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 49.- *Fourcroya andina* (Trell), según un vaso pintado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

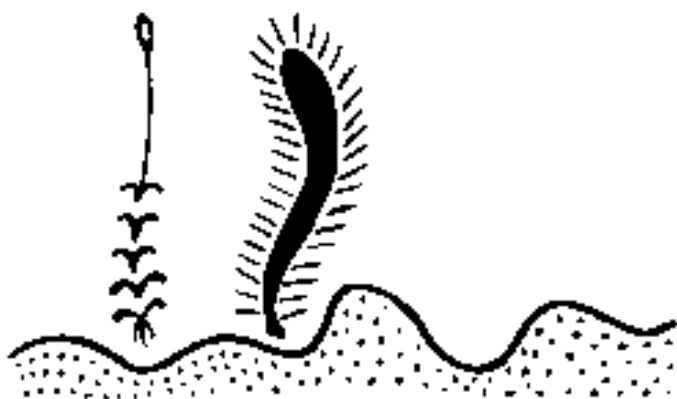


Fig. No. 50.- *Tillandsia purpúrea* R. et P. (izquierda) *cereus*.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 51.- *Cereus* Sp.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 52.- Cochayuyo (*Ulva purpurea* Roth).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 53.- Monocotiledónea.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 54.- *Mimulus glabratus* H.B.K. Familia escrofulariáceas,
según un vaso pintado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 55.- Calabaza (*Cucurbita pepo*).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

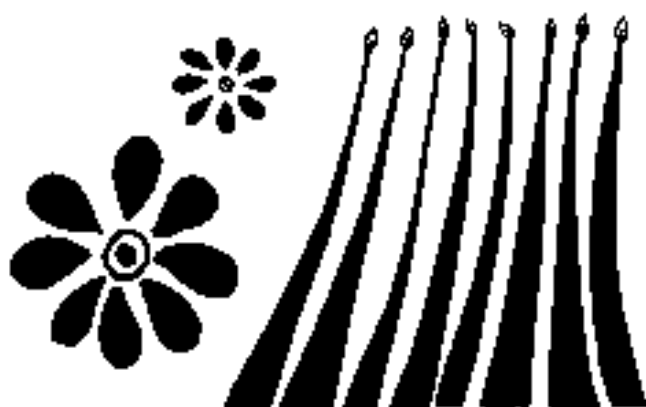


Fig. No. 56.- Totoria (*Ipha domingensis* Pers), a la derecha;
Dicotyledonae (izquierda).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

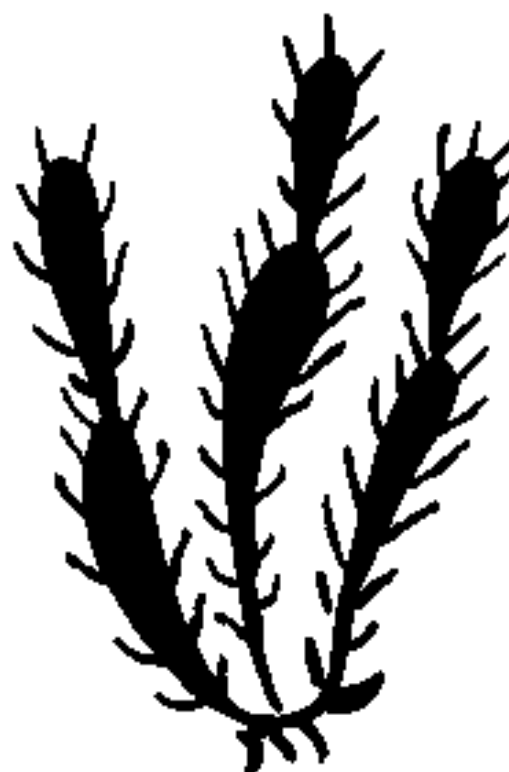


Fig. No. 57.- *Opuntia* Sp., familia cactáceas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 58.- El ullucho (*Phaseolus Sp.*).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

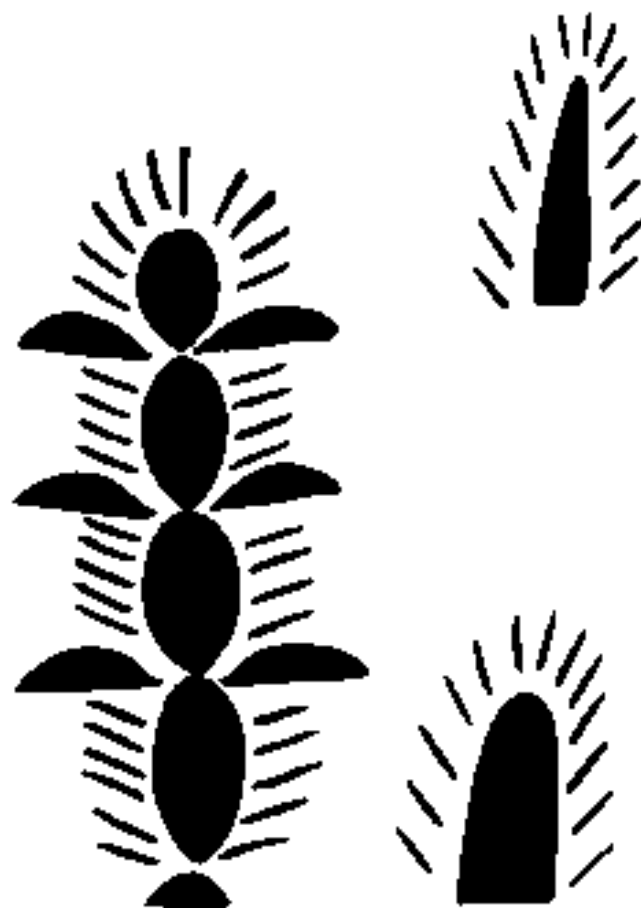


Fig. No. 59.- *Epiphyllum phillanthus* Haw (cactácea), estilización.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

de su sombra y de su poder de hidratación se formaron extensos pantanos, viveros de miríadas de zancudos propagadores del temido y tremendo morbo de la malaria. Con el tiempo, estos grandes bosques se han ido talando poco a poco, se ha utilizado el producto, ya en forma de leña o carbón, y se ha reemplazado el terreno con nuevas plantaciones modernas. Sin embargo, todavía se pueden observar rezagos de esos bosques en los fundos Salamanca y Mocan, del valle de Chicama, y en los valles de Chao y Virú, en más abundancia. Los árboles cubren hoy algunas ruinas.

Se contó también con numerosas lagunas cerca del mar que aún subsisten y en cuyas orillas crecían grandes

cantidades de eneas y juncos. Las primeras se utilizaron para la construcción de los caballitos, las balsas y las habitaciones; los segundos, en la manufactura de petacas, pequeñas cajas y esteras. En nuestros días todavía son apreciadas estas plantas por los pueblos pescadores que viven en el litoral y que les dan las mismas aplicaciones que las de lejanos tiempos. Variedades de ellas se encuentran pictografiadas, como se puede observar en las ilustraciones que insertamos.

Para terminar, es importante indicar que en algunos bosques (Mocan y Chao) se alcanza a percibir todavía vestigios de los cultivos que en ellos hubo en los tiempos precolombinos.